

# Entre casticismo y europeísmo: algunas lecturas del *Quijote* en la Edad de Plata desde el ensayo (1905-1931)

LUIS FERNÁNDEZ GALLARDO\*

## Resumen

Selección de ensayos cervantinos entre el centenario y la Guerra Civil, período correspondiente a la Edad de Plata (1898-1936), en que la interpretación del *Quijote* se enriqueció notablemente. Unamuno aplicó los principios de la exégesis bíblica al *Quijote* para revelar su *sensus mysticus*, lejos del positivismo. Azorín revive el *Quijote*, en la contemplación del paisaje y en la escritura. Maeztu establece como marco interpretativo la decadencia nacional, comienzos de la identidad nacional-católica. La interpretación de la Generación del 14 refleja su europeísmo. Ortega integra su lectura del *Quijote* en la formulación de su filosofía. Madariaga ofrece una “guía” con un perspicaz análisis psicológico. Azaña une al enfoque biográfico-histórico una dimensión estética, una reflexión sobre la naturaleza de la creación literaria. Los grandes filólogos, Menéndez Pidal y Américo Castro, desde la práctica más rigurosa de la “Quellenforschung”, ilustraron la génesis del protagonista y la incardinación de Cervantes en su contexto del Renacimiento europeo.

**Palabras clave:** *Quijote*; cervantismo; Generación del 98; Generación del 14; Novecentismo.

**Title:** Between “Casticismo” and Europeanism: Some Lectures of *Don Quixote* from the Essay in Edad de Plata (1905-1931)

## Abstract

A selection of Cervantist essays between the centenary and the Civil War, a period which corresponds to the so-called *Edad de Plata* (1898-1936), in which the interpretation of *Don Quixote* was much enriched. Unamuno applied the principles of Biblical hermeneutic to *Don Quixote* for revealing its mystic sense, far from positivist research. Azorín relived *Don Quixote* in the contemplation of landscape and in the writing. Maeztu set decadence as interpretative frame, the beginning of the national-catholic identity. The interpretation of the Generation of 1914 is Europeanist. Ortega uses his reading of *Don Quixote* for formulating

\* UNED. [lfernandez@albacete.uned.es](mailto:lfernandez@albacete.uned.es) / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-5012-9166>

his philosophy. Madariaga offers a guide which contains a keen psychological analysis. Azaña mixes together biographical-historical approach and aesthetical dimension, a reflection on the nature of the literary creation. Menéndez Pidal and Américo Castro, the great philologists, illustrated the genesis of the protagonist and the Cervantes' incardination in the context of the European Renaissance by means of the rigorous method of "Quellenforschung".

**Keywords:** *Quixote*; Cervantism; Generation of 1898; Generation of 1914; *Novecentismo*.

#### Cómo citar este artículo / Citation

Fernández Gallardo, Luis. 2023. «Entre casticismo y europeísmo: algunas lecturas del *Quijote* en la Edad de Plata desde el ensayo (1905-1931)». *Anales Cervantinos* 55: 115-139. <https://doi.org/10.3989/anacervantinos.2023.005>

Para Fernando Gómez Redondo, a quien los que nos hemos esforzado en leer el *Quijote* en las aulas hemos de estar agradecidos

## 1. LECTURAS NOVENTAYOCHISTAS: CASTICISMO, DECADENCIA

Entre las aportaciones más fecundas de la Generación del 98 hay que poner sin duda la lectura vivificante de los clásicos españoles. En la raíz de esa nueva sensibilidad ante el legado literario hispano se sitúa la estética modernista, más bien el gesto propio del *dandy* transferido al ámbito intelectual: un arrogante apartarse de las estimaciones consabidas y consagradas, proponiendo otras nuevas. Así, la vindicación que hace Rubén Darío de Berceo y de la poesía cancioneril castellana en *Prosas profanas* no poco tiene de alarde de exquisitez, de paladeo de secretas revelaciones amén de reorientación hispanizante<sup>1</sup>. Una nueva sensibilidad aguzada en el descubrimiento de cualidades hasta ahora ignoradas iba a ser el fundamento de la valoración de los clásicos alentada por los hombres del 98, que sería decisiva en la consagración del canon literario español.

Cervantes había de ser pieza fundamental en esa suerte de redefinición de los clásicos que llevó a cabo la Generación del 98 (Montero Reguera 2011, 121-122)<sup>2</sup>. Cervantes y el *Quijote*: la celebración de su tercer centenario suscitó una actividad crítica, buena parte de ella simple celebración ocasional<sup>3</sup>, a la

1. No dejaba de ser algo extravagante emparejar a un autor primitivo como Berceo con Victor Hugo: «Amo tu delicioso alejandrino / como el Hugo, espíritu de España» (Darío 1992, 160).

2. En concreto sobre el *Quijote* son sugestivas las reflexiones de Núñez Florencio (2010, 197-226). Se ha considerado el *Quijote* como uno de los mitos de la Generación del 98 (Abellán 1997, 52-53).

3. Acreedora del sarcasmo crítico con que Azaña arremetía contra el reconocimiento ritual y rutinario, sin auténtico afecto, de las glorias literarias pretéritas: «Ante valores coetáneos de los toros de Guisando, tenidos por actuales, todavía es de ritual quitarse el sombrero; subsisten como el buen paño que no se vende en el fondo del arca, a fuerza de no usarlos» (Azaña 2002, 9). Ofrece un análisis preciso de dichos fastos en el contexto del cervantismo del siglo XX Montero Reguera (2011, 115-117).

que no fue ajena aquella. 1905: año de fastos cervantinos. El que por aquellas calendas los autores noventayochistas se hallaran en el inicio de su consagración como valores consolidados de las letras españolas determinaría, por un lado, la necesidad de mantener cierta dosis de rebeldía inconformista<sup>4</sup>, inevitable estrategia para delimitar su espacio en el horizonte literario, y, por otro, la especial repercusión de sus originales lecturas que un nombre prestigioso prestaba.

Unamuno es paradigmático al respecto. Decano de la generación, inició con la obra llamada a inaugurar el ensayo moderno en España –los publicados primero entre 1894 y 1911 y luego reunidos en el libro *En torno al casticismo*– ese nuevo acercamiento a los clásicos. En tal ocasión no se trataba de escrutar valores estéticos, sino de extraer del texto clásico la manifestación del carácter nacional, de la casta, según la terminología de Unamuno, o fundamentos de regeneración nacional.

En 1905 aparece *Vida de Don Quijote y Sancho*, coincidiendo con el tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. El autor declara que no ha aprovechado la coyuntura celebrativa para encajar su libro en el no muy boyante mercado editorial español (Unamuno 1987, 19)<sup>5</sup>: *Excusatio non petita...* El caso es que, habiendo efectivamente asido su autor la rala pelambre de la ocasión, la obra resultante ofrece la honda interpretación que llevaba madurando de tiempo atrás. En ese proceso de maduración exegética se había operado ya un cambio esencial: el desplazamiento de la simbolización regeneradora desde Alonso Quijano hacia don Quijote<sup>6</sup>. De ahí que quepa considerar esa etapa previa como una suerte de prehistoria de la hermenéutica quijotesca de Unamuno<sup>7</sup>.

Al hilo de sus meditaciones casticistas la figura de don Quijote ocupaba un lugar central: es el «fondo eterno y permanente de los héroes de Calderón, que son los que mejor revelan la manifestación histórica» del pueblo español (Unamuno 2007a, 102)<sup>8</sup>. Y efectivamente, en un ensayo coetáneo plantea la esencia castellana –y, a la vez, universal– del alma de don Quijote (Unamuno 2007b, 264). Define su naturaleza heroica como resultado de «una fantasía fecundada y hecha madre por el alma de un pueblo» (*ibid.*, 268), conforme a la concepción del héroe de Carlyle, lo que avalaría la vida propia que adque-

4. Destaca la oposición al cervantismo oficial Alarcón Sierra (2006, 345-346).

5. Pero abonaría la suposición contraria el que se haya invocado una motivación crematística a la vocación dramática de Unamuno (Diez Mediavilla 2003, 2367). Hay que descartar la hipótesis de que en fecha tan temprana como 1886 «estaba metido» en la creación del libro sobre la base de que entonces se hallaba embarcado en la lectura del *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan [Laureano Robles Carcedo. «Otras lecturas del ‘Epistolario inédito’ de Unamuno». *El País (Babelia)* (18/08/1992): 16], obra que ciertamente utilizó Unamuno en el capítulo que trata sobre «la condición y ejercicio del famoso hidalgo» (Unamuno 1987, 27-32).

6. Analiza el cambio Alarcón Sierra (2006, 348-353). La rectificación unamuniana se inscribe en la ambivalencia que preside la estimación de la virtualidad ejemplar de don Quijote, que determina una encrucijada nacional (Núñez Florencio 2010, 214-218).

7. Véase Alarcón Sierra (2006, 349-351). Para los inicios, Salcedo (1957).

8. Para la visión de la historia de España de Unamuno véase Fox (1997, 112-123). Para el contexto historiográfico del momento, Álvarez Junco y Fuente Monge (2017, 321-327). Para una perspectiva más amplia del tema de España en Unamuno véase Marichal (2002).

re el personaje fuera de las páginas del libro (*ibid.*, 265), idea nuclear que guía la reflexión quijotesca de Unamuno. Heroísmo asimismo de titánicas dimensiones<sup>9</sup>: don Quijote deviene «aquel Cristo castellano» (*ibid.*, 270)<sup>10</sup>.

Un decenio más tarde, en el año conmemorativo, retoma dichas ideas, haciendo fundamentar su original interpretación sobre la afirmación de que si Cervantes es el padre del *Quijote*, «fue su madre el pueblo en que vivió y de que vivió Cervantes» (Unamuno 2007c, 751), esto es, su dimensión “casticista”. Dicho ensayo constituye una suerte de proyecto interpretativo que cuajaría en la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Unamuno se alza contra la interpretación literal del *Quijote*, la limitación de su significado al propósito de desautorizar las novelas de caballerías mediante parodia burlesca, posición que identifica con el cervantismo oficial, que practicaba una hermenéutica de bajo vuelo. Confinar el *Quijote* a su condición de obra cómica<sup>11</sup> implicaba impugnar no solo cualquier pretensión de universalidad, sino de cualquier proyecto interpretativo de cierto alcance. Con toda intención apela a la exégesis bíblica, referente axial, para ilustrar la vida propia que adquiere el texto, emancipado de la intención original de su autor. ¿Quién se atrevería a refutar la interpretación mística? Quedaba así expedita la vía para aplicar análoga exégesis a «la Biblia nacional de la religión patriótica de España» (*ibid.*, 749)<sup>12</sup>. Mediante la antítesis entre poesía (lo eterno y universal) y literatura (lo temporal y particular) Unamuno delimita el marco interpretativo y de comprensión adecuado del *Quijote* como obra esencialmente poética, para denunciar la incapacidad hispana para su intelección, dardo crítico dirigido a la erudición, con tal virulencia que diríase supura por ella su orgullo herido por el fiasco sufrido en su participación en el concurso convocado por la Real Academia sobre «Gramática y vocabulario del Poema del Cid» (1892)<sup>13</sup>: el despecho por su preterición ante los méritos de un joven y ya eruditísimo Menéndez Pidal devendría reniego de la filología positivista –y de sus cultores–, esa misma que él había cultivado infructuosamente. Con su vehemencia y pasión características, clausuró esa veta vocacional para orientar su ciclópea capacidad intelectual en exclusiva hacia la creación literaria –trayectoria en cierto modo análoga a la de Nietzsche, cuya obra *El nacimiento de la trage-*

9. Aquí se revela otra faceta de la índole romántica de la interpretación unamuniana del *Quijote*. Efectivamente, el Romanticismo reconoció en Cristo el modelo definitivo de titanismo: el primer hombre en reconocer la divinidad de su humanidad y en proclamarse hijo de Dios (Černý 1935, 160).

10. La sublimación simbólica de la figura de don Quijote en dirección cristológica viene a coincidir en cierto modo con la identificación del móvil del héroe con «esa pasión generosa y desbordante de los grandes iniciadores religiosos» (Ramón y Cajal 1972, 52). También un erudito nada dado a elucubraciones simbólicas se ve impelido al paralelo cristológico (Bonilla 1905, 331).

11. Aunque desde supuestos estrictamente filológicos se había de vindicar en pleno siglo XX (Russell 1978).

12. Propuesta que acogería entusiasta Pérez de Ayala: remite al *dictum* paulino que opone la letra letal y el espíritu vivificante para ponderar la interpretación de Unamuno (Pérez de Ayala 1905, 364).

13. Con su *Gramática y glosario del Poema del Cid*. El subtítulo (*Contribución al estudio de los orígenes de la lengua española*) revela la índole inequívocamente positivista del trabajo (Unamuno 1977).

dia, que aspiraba a inaugurar una *Philologie der Zukunft*, recibió la devastadora crítica entre otros de Wilamowitz, el helenista coetáneo más eminente, de quien se tomaría cumplida venganza metamorfoseándolo en repulsivo búho (Nietzsche 2013, 194).

El cervantismo al uso venía a representar esa denostada erudición de bajo vuelo. Consciente de sus cualidades –y de las limitaciones del positivismo–, respondió con redoblado desdén a la indiferencia del *establishment* académico ante sus afanes eruditos y, abjurando del cientifismo filológico<sup>14</sup>, se retiró a las alturas de la especulación estética –en que confluyen filosofía y poesía<sup>15</sup>–, desde las que arremetería inmisericorde contra la ciencia positiva, degradada a mera erudición. Si a ello se une la erosión que en sus convicciones positivistas causó la crisis espiritual que reorientó sus energías intelectuales hacia las grandes cuestiones existenciales y religiosas, se evidencia su desafección hacia la ciencia y en concreto a la filología positivista.

Desde tales presupuestos, emprende una lectura del *Quijote* que abstrae el dato positivo –en el que se cebaba la erudición– para captar su valor poético: proclama, así, su irrefragable universalidad (Unamuno 2007c, 750), su esencial carácter «traductible», lo que le permite prescindir del autor, Cervantes, devaluado en su condición de creador, reducido al de mero «ministro y representante de su pueblo, ministro y representante de la humanidad» (*ibid.*, 752), planteo que, llevado al extremo, permite afirmar que Cervantes no comprendió su creación, proposición que eleva a ley general, extendida a todo autor<sup>16</sup>.

Tales son los fundamentos sobre que se erige la más apasionada lectura del *Quijote: la Vida de don Quijote y Sancho*. En el ensayo coetáneo «El sepulcro de Don Quijote» (1906), que se integraría como pieza liminar de la obra en la segunda edición (Unamuno 1987, 7-18), se definen los principios epistemológicos que han de guiar al lector. El autor se representa llamado a mesiánica misión: agitar las conciencias, «desencadenar un delirio, un vértigo, una locura», que las remueva del mero «existir». El tono es melodramático. Tramoya templaria, cruzada en pos del sepulcro de don Quijote, una suerte de nueva demanda del Grial: «la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón» (*ibid.*, 9). Será la fe su guía; una fe que se opone a la ciencia y al arte: «Que te baste tu fe» (*ibid.*, 15). La lectura del *Quijote* se ofrece así como una especie de catarsis social, que sitúa

14. Desde una visión muy limitada de las «Geisteswissenschaften», en las que solo veía «den philologischen Kleinkram» (Curtius 2016a, 400-401).

15. Que reconoció como polos entre los que se extiende el eje de su vocación creadora (Unamuno 2007d, 809).

16. «¿De cuándo acá es el autor de un libro el que ha de entenderlo mejor?» (Unamuno 2007c, 747). Lo que no deja de ser paradójico es que el autor asuma centralidad esencial cuando este es el propio Unamuno: «Si, toda novela, toda obra de ficción, todo poema, cuando es vivo es autobiografía» (Unamuno 1979, 128). Ahora bien, en punto a la naturaleza simbólica del personaje don Quijote, hay que reconocer que Menéndez Pelayo se había anticipado al planteo unamuniano, solo que su ponderada enunciación no llamó la atención del respetable: «Si este es un símbolo, y en cierto modo no puede negarse que para nosotros lo sea y que en él estribe una gran parte del interés humano y profundo del *Quijote*, para su autor no fue tal símbolo...» (Menéndez Pelayo 1904, 40).

aquella en el ámbito del *sensus mysticus*, como había dejado bien claro en «Sobre la lectura». Y efectivamente, el sentido místico que desvela Unamuno adquiere pleno sentido en la interpretación cristológica del héroe<sup>17</sup>.

El prólogo a la segunda edición aclara el alcance de su propuesta hermenéutica al confrontar cervantismo y quijotismo. Con tono más ecuánime, mas no exento de ironía, encomienda a «eruditos, críticos e historiadores la meritoria y utilísima tarea de investigar lo que el *Quijote* pudo significar en su tiempo y en el ámbito en que se produjo y lo que Cervantes quiso en él expresar y expresó» (*ibid.*, 19). He ahí definido todo un programa de investigación filológica, atendida al texto como dato positivo susceptible de análisis científico. Pero frente a él, Unamuno afirma la consideración del *Quijote* como «algo eterno, fuera de época y aun de país» (*ibid.*, 9). Historia y eternidad: tales son los ámbitos de delimitación hermenéutica, asimilándose la que practica Unamuno a «una interpretación, por así decirlo, mística, como la que a la Biblia suele darse» (*ibid.*, 20)<sup>18</sup>. Letra y espíritu, historia y eternidad: *sensus literalis* y *sensus mysticus*, por tanto.

Y sobre tales claves exegéticas construye Unamuno su vehemente lectura –¿o reescritura?– de la obra cervantina, a través de la cual va formulándose su pensamiento original. Mas antes de emprender el rumbo hacia lo poético y universal, diríase que el sabio –su erudición era vastísima– se le impone e inicia su lectura mediante una aproximación que encaja perfectamente en la tarea propia de eruditos. En efecto, al presentar al personaje protagonista, no puede por menos que preguntarse por sus orígenes, nacimiento, infancia, juventud, linaje... cuestiones propias de esos «diligentes rebuscadores» (*ibid.*, 25-26), esto es, eruditos, dicho irónicamente. Y atenido al texto, lo ilustra en punto esencial como es la caracterización del héroe apelando al horizonte mental de la época para su adecuada intelección. Así, al arrimo de la autoridad de Huarte de San Juan, autor del *Examen de ingenios para las ciencias* (1575)<sup>19</sup>, sostiene su «temperamento colérico, en el que predominan calor y

17. Como revela la analogía entre el servicio que le prestan a don Quijote las mozas del partido en la venta de Juan Palomeque el Zurdo y el de la Magdalena «lavando y ungiendo los pies del Señor» (Unamuno 1987, 37). Se ha vinculado a la estética modernista y simbolista (Alarcón Sierra 2006, 364). No deja de ser curioso que aparezca la dimensión cristológica de don Quijote en una novela actual, del Premio Nobel J. M. Coetzee, que en cierto modo es un homenaje al *Quijote*: «Por supuesto. Don Quijote estará esperando en el muelle para saludarte. Cuando los hombres uniformados intenten detenerte y prenderte en la ropa una credencial con tu nuevo nombre y nueva fecha de nacimiento, él dirá: “Dejadlo pasar, caballeros. Este es David el famoso, en el que me complazco”» (Coetzee 2019, 103). *Cfr.* Mt 3, 17. Otra línea interpretativa de Unamuno en esta dirección establece la analogía entre don Quijote y san Ignacio de Loyola (Mohamed Lozano 2019).

18. De ahí que se haya afirmado la renovación de la exégesis espiritual del Medievo por parte de Unamuno (Curtius 2016b, 405).

19. Correspondería a Rafael Salillas, médico pionero en España de la antropología criminal, el mérito de establecer el conocimiento del *Examen de ingenios* por parte de Cervantes y su influjo en el *Quijote*, en obra coetánea de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, que le había sido requerida por el Colegio de Médicos de Madrid para conmemorar los fastos centenarios. Interesan especialmente los capítulos en que se analiza el alcance del vocablo “ingenioso” y la modalidad del trastorno mental del protagonista (Salillas 1905a, 41-80). En la advertencia preliminar indicaba el autor que ya en 1899

sequedad» (*ibid.*, 27), clave en la determinación del proceso de enloquecimiento, como ha puesto de relieve la crítica filológica<sup>20</sup>.

No obstante, ya en las primeras líneas del ensayo se proclama la dimensión universal del personaje al ser denominado «Caballero de la Fe» (*ibid.*, 25), llevando la virtualidad simbólica del héroe a su cota máxima, como manifestación de la primera de las virtudes teologales. La fe es efectivamente el eje central del pensamiento –y del angustiado vivir– de Unamuno, que va desplegándose al hilo del comentario quijotesco. La fe tiene un hondo fundamento vital: «es adhesión [...] a algo vivo» (*ibid.*, 99). Brota del miedo adensado, de la congoja –expresión castiza de la angustia vital<sup>21</sup>–, reveladora del «mundo sustancial de la fe» (*ibid.*, 85). Esa fe que sostiene los afanes caballerescos de don Quijote se erige nada menos que en principio epistemológico: Unamuno identifica en «la íntima esencia del quijotismo» toda una «doctrina del conocimiento», que se expresa en «las altas verdades de la fe de Don Quijote, basadas en vida fundamental y honda» (*ibid.*, 115). Asimismo asentada en intenso vitalismo se halla la verdad: «La vida es el criterio de la verdad» (*ibid.*, 116). Unamuno llega a una formulación extrema: «todo cuanto es vida es verdad» (*ibid.*, 173)<sup>22</sup>.

Don Quijote accede a la inmortalidad no solo a través del heroísmo, sino integrando en este el amor. Es el ansia de inmortalidad lo que suscita el amor a la mujer. Dulcinea reúne «a la mujer y a la Gloria» (*ibid.*, 73). La aspiración a la fama del héroe potencia su dimensión eterna al subordinarse al amor. Unamuno no deja de plantearse la para él siempre acuciante cuestión de la vida venidera, a la que accede a través de las consideraciones sobre la justicia que desarrolla a propósito de la que ejerció don Quijote al liberar a los galeotes. El fundamento de la justicia es el perdón y precisamente en el tránsito a la vida venidera, en el trance de la agonía «se cumple el misterio del perdón para los hombres» (*ibid.*, 95).

Don Quijote es tanto más universal cuanto que español, pues «cuanto más de su país y más de su época sea un hombre es más de los países y de las épocas» (Unamuno 1987, 74). Se ha señalado el sesgo más nacionalista que presenta *La vida* (Close 2005, 182) con respecto a *En torno al casticismo*,

había expuesto la dependencia de Cervantes respecto del galeno oscense (Salillas 1905a, 7). Aporta una interesante contribución desde una perspectiva criminalista Salillas (1905b).

20. Especialmente Avalle-Arce (1976, 98-143), la más completa y rigurosa exposición del asunto, que reconoce su deuda con el ensayo de Unamuno (Avalle-Arce 1976, 103).

21. Se ha identificado, en efecto, con el *Angst* de Kierkegaard (Close 2005, 188). No deja de ser significativo que la obra inaugural del pensador danés, una profunda reflexión sobre la fe, entre otras cosas, se titule precisamente *Temor y temblor* (1843). Unamuno recibió en 1901 los primeros tres tomos de las obras completas de Kierkegaard, entre los que figuraba esta, y en 1904 comunicaba a su amigo Pedro Múgica que se estaba «chapuzando» en las obras del danés (Lago Bornstein 1986, 60-61). De modo harto elocuente Unamuno se refiere a su filósofo dilecto como «alma congojosa» (Unamuno 2008, 89). Ofrece un cumplido análisis de este concepto Gómez-Moriana (1969).

22. Idea que asimismo deriva de Kierkegaard (Evans 2013, 96-107). Pocos años más tarde y desde otros presupuestos, Ortega proclamaría de modo asimismo tajante el núcleo esencialmente vital de la filosofía: «... nace [la filosofía] de la vida misma» (Ortega y Gasset 2015, 286-287).

cuyo planteamiento prolonga al hacerse del héroe encarnación del pueblo español, «el pueblo de que es flor» (Unamuno 1987, 96), peculiar aplicación de la *Völkerpsychologie*<sup>23</sup> a la realidad hispana. Así, don Quijote encarna una cualidad esencial de su pueblo: el creerse «ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejecuta en ella la justicia» (*ibid.*, 69). Y no solo la contextura de la psicología colectiva, sino su más alta manifestación, una filosofía propiamente española<sup>24</sup>: «¿Hay una filosofía española, mi Don Quijote? Sí, la tuya, la filosofía de Dulcinea, la de no morir, la de crear, la de creer la verdad» (*ibid.*, 257). Inmortalidad, fe, tales son los pilares fundamentales que sostienen «su visión del mundo y de la vida», una *Weltanschauung* intensamente vital. Hondamente romántica es, efectivamente, la lectura que hace Unamuno del *Quijote*.

Muy diferente sería la contribución de Azorín a la celebración centenaria. Un trabajo periodístico: don José Ortega Munilla, director de *El Imparcial*, le encargó una serie de reportajes sobre las tierras de tradición quijotesca y cervantina (el Toboso, Argamasilla de Alba, los campos de Criptana, Puerto Lápice...)<sup>25</sup>. No se trataba, pues, de erudición ni de sesudo ensayismo: el propio Azorín se reconocía miembro del gremio de los «modestos periodistas»<sup>26</sup>. De ahí que la urgencia del presente en que se inscribe la labor periodística quedara subordinada a la intemporalidad que iba a presidir la evocación del universo quijotesco y cervantino<sup>27</sup>. En efecto, el capítulo introductorio de *La ruta de don Quijote* se abre con una afirmación, en forma de interrogación retórica, que constituye el fundamento diríase filosófico del ejercicio de crítica que va a desarrollar, la vida como inapelable reiteración<sup>28</sup>. Tal es la clave

23. Unamuno participaba de tal teoría, asimilada mediante la lectura de Spencer, Taine y, sobre todo, Wundt (Juaristi 2000, 111).

24. Diríase que Unamuno transfiere al héroe el empeño en reconocer una filosofía española de la que Cervantes habría sido expresión preclara. Su formulación más acabada corresponde a Castro (1870). Devalúa el alcance del pensamiento de Cervantes, aunque le reconoce la vindicación del ideal caballeresco Bonilla (1905, 330). Y sin embargo, hace de Rocinante nada menos que símbolo de la Metafísica (Bonilla 1905, 332): habrá que esperar a la adecuada interpretación del adjetivo “metafísico”, menos trascendente en su contexto (Rico 2012), para descartar tal simbolización.

25. El propio Azorín evocaría la propuesta, con la célebre anécdota de la oferta de «un chiquito revólver», «por lo que pueda tronar», que lo dejó atónito (Azorín 2017, 33).

26. Azorín (1984, 80). A la altura de 1905, Azorín era algo más que eso, no ya promesa, sino valor sólido de las letras españolas. Había publicado en 1902 *La voluntad*, coincidiendo con otras tantas aportaciones fundamentales de sus conmiltones noventayochistas, que renovarían decisivamente la narrativa española. Destaca el carácter inaugural de ese año Lázaro Carreter (1990, 129-149). A su vez, apenas transcurrido un decenio le sería reconocido mérito científico, ser «el origen de un interés nuevo y actual por las tradiciones de la mente y la sensibilidad españolas», en el balance esperanzado sobre la ciencia española elaborado en 1918 por un egregio novecentista (Castro 1972a, 115). Sumamente ilustrativo de la fina interpretación del dato erudito sería el ensayo sobre Márquez Torres, a quien considera el primer cervantista (Azorín 1981a). Aborda la doble perspectiva de la crítica azoriniana Catena (1973).

27. Que, por otra parte, constituía una práctica interpretativa extendida en los ensayistas foráneos (Núñez Florencio 2010, 207-210).

28. «La vida, ¿es una repetición monótona, inexorable de las mismas cosas con distintas apariencias?» (Azorín 1984, 77). He aquí una de las ideas nucleares de Nietzsche, el eterno retorno, presente en Azorín. Señala tal influjo Fox (1976a, 127).



que permite la transferencia de la propia subjetividad a la experiencia del personaje inmortal<sup>29</sup>, que, a su vez, justifica las andanzas del escritor por tierras manchegas, resultado de la honda simpatía que este tiene por el heroico caballero<sup>30</sup>.

Ya avanzada la obra, Azorín declara el propósito que lo anima: «Yo creo que le debo contar al lector, punto por punto, sin omisiones, sin efectos, sin lirismos, todo cuanto hago y veo» (Azorín 1984, 111). Una aparente objetividad que deviene, paradójicamente, esencial subjetivismo. La objetividad periodística se pone al servicio de la expresión de la experiencia personal: la primera persona establece el marco de la obra. Hacer y ver; acción y contemplación. Ahora bien, lo que hace el autor, «recorrer» la geografía quijotesca, va encaminado a la visión de esta, que, a su vez, se resuelve finalmente en acto de escritura. De hecho, es esta, la escritura, la acción más intensa entre las que “hace” Azorín a lo largo de su libro: no es casual que en la primera estampa aparezca frente a esas cuartillas que «esperan inmaculadas los trazos de la pluma», con actitud entre resignada y triste (*ibid.*, 77-78).

En la escritura la visión genera una reflexión<sup>31</sup>, una meditación. La contemplación de las tierras manchegas, la experiencia del paisaje y del paisanaje, es la vía que conduce a la exégesis de la obra inmortal y al conocimiento de su autor. Azorín se propone una interpretación psicológica del héroe, que viene a ser una suerte de emanación de la tierra, que determina, como si de una inexorable ley de la naturaleza se tratara, la psicología colectiva, de la que es preclaro representante el inmortal caballero. Así, el ambiente de Argamasilla de Alba ha «hecho posible el nacimiento y desarrollo [...] de esta extraña, amada y dolorosa figura» (*ibid.*, 87). Por ambiente cabe entender simplemente la ciudad, sus casas, los «nobles hidalgos que arrastran sus tizonas por sus calles claras y largas» (*ibid.* 86-87). Líneas más adelante, Azorín atribuye el modelado temperamental de los argamasilleros a las sucesivas epidemias del siglo XVI: «el pánico, la inquietud nerviosa, la exasperación, las angustias que han padecido las madres de estos nuevos hombres se han comunicado a ellos», generando «un ambiente de hiperestesia sensitiva, de desasosiego, de anhelo perdurable por algo desconocido y lejano» (*ibid.*, 89): tal es la clave de la psicología quijotesca. Sin embargo, ahondando en la naturaleza de ese ambiente, pasa de la consideración coyuntural, del hecho histórico concreto, a la intemporalidad que le sugiere el reposo, el silencio de las calles desiertas, apelando a la «estaticidad formidable» que observa concentrada en el salón del casino (*ibid.*, 96). El tiempo, sugerido en la obsesiva

29. «¿Nuestra vida no es como la del buen caballero errante que nació en uno de estos pueblos manchegos?» (Azorín 1984, 80).

30. «Yo amo esa gran figura dolorosa que es nuestro ídolo y nuestro espejo. Yo voy –con mi maleta de cartón y mi capa– a recorrer brevemente los lugares que él recorriera» (Azorín 1984, 80). Sensibilidad es el concepto clave que capta esa honda simpatía que siente Azorín ante lo leído (Fox 1962, 129)

31. En buena medida porque está mediatizada por las lecturas, aspecto cabalmente estudiado por Fox (1976a).

recurrencia del reloj, revela una esencial permanencia, que permite la contemporaneidad con Cervantes y don Quijote<sup>32</sup>.

A su vez, en la estampa siguiente, señala Azorín como factor determinante de la naturaleza del héroe el paisaje, «la llanura inmensa, infinita», que es «el medio en que han nacido [...] las grandes voluntades, fuertes, poderosas, tremendas, pero solitarias, anárquicas, de aventureros, navegantes, conquistadores» (*ibid.*, 93). El paisaje se erige así en clave hermenéutica: solo en tales parajes hubo de nacer Alonso Quijano (*ibid.*, 114). Estas oscilaciones a propósito del medio y del ambiente obedecen a los condicionamientos impuestos por el reportaje periodístico, que había de integrar estampas paisajísticas y humanas, antes que a una deficitaria solidez discursiva<sup>33</sup>.

En virtud de la intemporalidad que preside su visión de la realidad, el paisaje deviene el medio para revivir el *Quijote*. En su forma más extrema, siguiendo puntualmente las huellas, literalmente los pasos del héroe, como es el caso de la cueva de Montesinos: «¿Por qué no poner en estos tiempos, después que pasaron tres siglos, nuestros pies donde sus plantas firmes, audaces se adentraron?» (*ibid.*, 128). He aquí el grado máximo de identificación con don Quijote. En otras ocasiones, el paraje contemplado suscita la evocación de un episodio de la inmortal novela. Un camino que cruza hacia Manzanares viene a ser el escenario de la primera aventura de don Quijote ya armado caballero: allí se encontró a Juan Haldudo azotando despiadadamente a su mozo Andresillo (*ibid.*, 113-114). Una casita baja y unos enormes mazos de madera junto al Guadiana se tornan los batanes que «tanta turbación, tan profundo pavor llevaron a los ánimos de don Quijote y Sancho Panza» (*ibid.*, 124). La venta de Puerto Lápice es evocada por medio de don Juan Antonio, médico de la localidad y uno de esos cándidos varones obsesionados con la reconstrucción arqueológica del *Quijote*, que tanto concitaban las simpatías de Azorín –y exasperaban, a su vez, a Unamuno–. Los restos apenas reconocibles son el estímulo de la fantasía del autor, que convoca en su imaginación al propio Cervantes, que transmutaría su experiencia andariega por tales antros en materia literaria (*ibid.*, 119). No podían faltar los molinos de viento; mas, en lugar de la tópica evocación de la celeberrima aventura, Azorín ofrece la contemplación, desde el interior de uno de aquellos que le muestra Javier, el molinero, de la «llanura inmensa, infinita» (*ibid.*, 136), simple y eficazísima sugestión del escenario del episodio, que se resuelve en visión de un presente cuya dimensión temporal se realza mediante la apelación al «“tic-tac” del reloj» (*ibid.*, 137). El Toboso da pie a una de las mejores páginas descriptivas de la obra: el pueblo visto al través del episodio quijotesco. Sus calles conducen a la otrora mansión de Aldonza Zarco de Morales, modelo vivo de Dulcinea, que «al presente es una almazara prosaica» (*ibid.*, 147-148).

32. Estudia el tiempo en la obra de Azorín Krause (1955, 171-214). Véase asimismo Clavería (1945) y, referido a la novela, Livingstone (1970, 80-90, 115-143).

33. Flanco débil señalado por Ayala (1989, 466-467).

Junto a la reviviscencia de la experiencia novelesca, Azorín lleva a cabo asimismo la literaria mediante dos procedimientos: recreación y reescritura. En virtud del primero imagina nuevos lances del héroe<sup>34</sup>, pero muy limitados, apenas conatos, esbozos de acción: visita al castillo de Peñarroya (*ibid.*, 123) y acceso a «otras mansiones subterráneas más hondas y temibles» (*ibid.*, 130). El segundo es asimismo limitado. Azorín reescribe el episodio de Juan Haldudo vapuleando a su mozo Andrés (*ibid.*, 113-114) y la aventura de los batanes con su prosa estilizada (*ibid.*, 124): no al modo de Borges con el cuento del mago don Yllán, de don Juan Manuel (Borges 2004), sino como breves apuntes, mero ejercicio estilístico. Mas no solo eso, son también ensayo exegético, pues se propone una «lección» (Azorín, 1984, 130): así, el episodio de Juan Haldudo encierra la «ironía honda y desconsoladora [que] tienen todas las cosas de la vida»<sup>35</sup>.

A partir de 1912 Azorín iría publicando libros que reunían sus artículos periodísticos sobre obras y autores de la literatura española, producto de una infatigable labor de exégeta inspirada por una honda preocupación nacional, en la medida en que destacaba en los clásicos aquellos valores que habían de servir de orientación y guía para la sociedad española: orden, continuidad, coherencia (Fox 1976b). Cervantes y el *Quijote* ocupan lugar destacado<sup>36</sup>. Es paradigmático al respecto «El caballero del Verde Gabán», inicialmente conferencia pronunciada en el Ateneo madrileño con ocasión del centenario (Azorín 1905)<sup>37</sup>, reunida luego en *Lecturas españolas*. La reescritura roza aquí la reelaboración: con su límpida prosa vuelve Azorín a narrar la llegada de don Quijote a la casa del caballero y la impresión que causa en sus moradores. Captación del detalle minúsculo, detallada descripción de la casa que apunta a destacar la idea de orden<sup>38</sup>, que se proclama tácitamente como norte vital, no sin dejar que asome la nostalgia por el ideal de vida que encarna don Quijote: tal es la «lección» que se propone como conclusión<sup>39</sup>. Hasta el

34. Procedimiento que hallaría pleno desarrollo en obras posteriores: destaca la especulación sobre la suerte ulterior de Calisto y Melibea como matrimonio maduro (Azorín 1997).

35. He aquí el método de encontrar sentido vital en la novela (Close 2005, 198). Ortega había formulado su fundamento psicológico mediante el concepto de *sinfronismo* o afinidad entre hombres de diferentes épocas (Ortega y Gasset 1981), de que sería condición previa esa inmersión en la interioridad de los personajes que se ha señalado (Baquero 2016, 46).

36. Ofrece una perspectiva de conjunto Martínez Torrón (2005).

37. Es de notar la ironía que subyace en la modesta declaración preliminar, ¿distanciamiento de los próceres de la erudición cervantina?: «No tiene importancia [este trabajo]; carece de trascendencia; el autor no puede meterse en disquisiciones hondas, porque sabe muy pocas cosas» (Azorín 1905, 293).

38. «En esta casa, este mismo espíritu de orden, este mismo apego al método en todas las cosas diarias...» (Azorín 1905, 296). Destaca el interés por el detalle de la realidad doméstica Baquero (2016, 44).

39. «Yo siento una cordial simpatía por los primeros; pero, al mismo tiempo –y ésta es la humana y perdurable antinomia que ha pintado Cervantes–, yo quisiera tener una pequeña renta, una tiendecilla o unos majuelos» (Azorín 1905, 297). Muy significativamente, en la reedición del ensayo Azorín sustituye la primera persona del singular por el plural de modestia, limando en cierto modo la subjetividad (Azorín 1981b, 25).

final de su fecunda existencia prosiguió Azorín su incansable relectura y reelaboración, conforme a unas pautas ya fijadas<sup>40</sup>.

Cabría considerar los desvelos críticos de Ramiro de Maeztu sobre el *Quijote* como una suerte de transición entre los planteamientos noventayochistas y los de la generación siguiente. Miembro conspicuo de la del 98<sup>41</sup>, su interpretación del *Quijote*, sobre la que gravita aún la conciencia del desastre colonial<sup>42</sup>, se desarrollaría finalmente en un horizonte de preocupaciones coincidentes en algunos aspectos con las de los autores novecentistas: no hubo de ser ajeno el momento en que aparecieron los ensayos en cuestión, 1926, momento de plenitud del Novecentismo<sup>43</sup>.

En efecto, la primera cuestión que se plantea Maeztu en *Don Quijote, don Juan y la Celestina* es de orden estético: por qué ciertas criaturas literarias, como las tres que dan título al libro, gozan de perenne vitalidad frente a la caducidad de las innumerables que pueblan las novelas que aparecen incesantemente (Maeztu 1981, 11-12)<sup>44</sup>. La respuesta incorpora una dimensión ética: los «problemas morales, urgentes o potenciales» que suscitan e imponen su resolución. Don Quijote, don Juan y Celestina, efectivamente, «son problemas morales» (*ibid.*, 17). Mas al punto el planteo ético se reorienta, mediante la comparación entre Hamlet y don Quijote (*ibid.*, 26-32), hacia la reflexión nacional, el inexcusable tema de España, abordado desde la perspectiva de la decadencia<sup>45</sup>, de la que el *Quijote* sería su más egregia expresión: interpretación que causó escándalo en su inicial propuesta, como reconoce no sin cierta ufanía el propio autor (*ibid.*, 19-20)<sup>46</sup>. El *Quijote* vendría a simbolizar el fracaso del «sueño de la monarquía universal» (*ibid.*, 26).

Ahora bien, la decadencia se expresa a través de la experiencia personal de su autor. Para Maeztu, la concepción del *Quijote* se origina en la conciencia de fracaso que se le impone a Cervantes al hacer balance de su vida: «ese día melancólico y gris nació en la mente de Cervantes la concepción de *Don Quijote de la Mancha*» (*ibid.*, 50)<sup>47</sup>. Y sin embargo, no es desaliento lo que inspira la figura del ingenioso hidalgo; más bien, situada en su preciso con-

40. La obra posterior a la Guerra Civil cae ya fuera de los límites cronológicos establecidos. Véase al respecto Baquero (2016); Martínez Torrón (2005, 6-8).

41. Lo incluyó Azorín en su artículo seminal sobre la debatida generación (Azorín 1971, 174).

42. De ahí que en su contribución a la conmemoración centenaria tomara, con cierto gesto recriminatorio, como eje interpretativo la idea de decadencia nacional, de la que el *Quijote* sería expresión conspicua (Maeztu 1952). No es casual que el último capítulo de su célebre libro se abra con su evocación (Maeztu 1981, 63).

43. Conforme a la cronología de Díaz-Plaja (1975, 22-23).

44. Lo que no obsta su concepción pragmática del arte, que se ha destacado en su visión del *Quijote* (González Cuevas 2003, 98-99).

45. Ofrece un preciso análisis del concepto Ladero Quesada (1998), para este período véase *ibid.* (250-263). Ya en la misma raíz de la literatura de la decadencia su consideración va unida a la propuesta reformadora (García Cárcel 2011, 592-593). Se ha considerado el libro de Maeztu como uno de los primeros pasos hacia la forja de una identidad hispana nacional-católica (Fox 1997, 185-186).

46. Destaca el desafío a la «gente vieja» Alarcón Sierra (2006, 368-369).

47. Tal venía a ser el planteo de Cajal, para quien «por fuerza el autor debió tener algo y aún mucho de Quijote» (Ramón y Cajal 1972, 59).

texto histórico, venía a constituir una exhortación al desengaño, a la inhibición ante quimeras irrealizables (*ibid.*, 66). Pero lo que el español actual necesitaba era lo contrario: revivir el ideal con la determinación del héroe manchego (*ibid.*, 66-68).

La suprema lección que extrae Maeztu del *Quijote* no dejaba, pues, de ser paradójica: «Don Quijote es el prototipo del amor, en su expresión más elevada de amor cósmico» (*ibid.*, 69). Mas la efectividad motiva del amor requiere la fuerza y esta, a su vez, veracidad, por lo que se impone la conclusión que cierra el ensayo: «Tomar los molinos por gigantes no es meramente una alucinación, sino un pecado» (*ibid.*, 69). La lectura casticista, llevada a las últimas consecuencias desde los presupuestos regeneracionistas, conducía así a una suerte de inversión de la naturaleza del quijotismo en tanto que concebido como proyecto nacional.

## 2. LECTURAS NOVECENTISTAS: EUROPEIZACIÓN, UNIVERSALISMO

Un doble carácter inaugural cabe atribuir a las *Meditaciones del Quijote* de Ortega y Gasset. Con relación a su autor constituye su primer libro y la primera formulación sistemática de su pensamiento<sup>48</sup>. A su vez, y dado el indiscutido liderazgo ejercido por este, marca junto con otros indicios el comienzo de la denominada Generación de 1914. No menos que a la anterior acuciaba a esta el problema de España, mas sitúa inequívocamente la solución en Europa: esa vocación europeísta se plasmará en su lectura del *Quijote*<sup>49</sup>.

Las *Meditaciones* se presentan, en efecto, urgidas de preocupación patriótica (Ortega y Gasset 1984, 89)<sup>50</sup>. Mas la conciencia nacional constituye la circunstancia, en tanto que sobre el «yo» –en la medida en que el deseo es esencial subjetividad– se hace pivotar la exposición filosófica asentada en el esfuerzo de comprensión del *Quijote*: «Estas *Meditaciones* [...] van empujadas por filosóficos deseos» (*ibid.*, 60). El *Quijote* tiene una función instrumental: no es la meta de los afanes intelectivos del joven filósofo, sino la vía principal por donde estos discurren. Precisamente esa perspectiva subsidiaria que adopta su lectura da lugar a hallazgos afortunados. En primer lugar, su

48. Para su marco biográfico véase Gracia (2014, 181-187); para su encuadre en su biografía intelectual, Marías (1983, 331-460), que concibe, mediante metáfora marinera, el primer libro de Ortega como arribada a «tierra firme».

49. No es casual que la contribución de un destacado miembro de ella consista en un estudio sobre la presencia del *Quijote* en autores extranjeros (Pérez de Ayala 1905). Expresa el sentir de su generación: «Lo íntimo de Don Quijote es concreción de universal sentir» (Pérez de Ayala 1905, 363). Sitúa en primer plano, en cambio, la dimensión casticista de las *Meditaciones*, Muñoz Machado, estableciendo su filiación con el sentir noventayochista (2022, 292-295).

50. Ortega considera un imperativo «que concentremos en el *Quijote* la magna pregunta: Dios mío, ¿qué es España?» (Ortega y Gasset 1984, 168). Muy significativamente se ha caracterizado la implicación política de Ortega en torno a estos años como «rebeldía constructora» (Elorza 1984, 71-115). Para el marco generacional véase Marichal (1996); para el intelectual, Marías (1983, 331-349).

«estudio del quijotismo», centrado en la obra, no en el personaje (*ibid.*, 84-85), en tácita oposición a la exaltada interpretación de Unamuno: el verdadero quijotismo es el de Cervantes en tanto que autor (*ibid.*, 86-87).

El método: sucesivas aproximaciones circulares, como la toma de Jericó, de «operosa atención» (*ibid.*, 88). Ortega reconoce en el *Quijote* una profundidad (*ibid.*, 118-119) que exige «un leer que es un *intelligere* o leer lo de dentro, un leer pensativo» (*ibid.*, 124), lejos, pues, de esotéricas elucubraciones o de aspavientos egolátricos, esos «ademanos congestionados», que enfilaban a Unamuno (*ibid.*, 87). Reiterando tal cualidad, manifiesta tras «esta humilde novela de aire burlesco» (*ibid.*, 166-167), descubre su índole simbólica con acabada formulación: «No existe libro alguno cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan libre» (*ibid.*, 167). Conspicua declaración del universalismo de la inmortal novela, que se completa con la no menos vigorosa afirmación de su españolidad: el *Quijote* como «plenitud española» (*ibid.*, 173).

La meditación primera se sitúa en el marco de la reflexión estética; el subtítulo reza «Breve tratado de la novela» (*ibid.*, 177): cuestión, pues, de géneros literarios, a través de la cual se va construyendo, desarrollando el sistema filosófico de Ortega. Diversos episodios son el punto de partida de consideraciones varias. El retablo de Maese Pedro revela la estructura ontológica de los ámbitos de lo real y lo poético; la incorporación al arte de la consideración de sus complejas relaciones constituye la gran aportación de la novela (*ibid.*, 208-214). Los molinos de viento sirven para un esbozo de teoría de la realidad, continuada en el apartado «La poesía realista» (*ibid.*, 219-222), que condensa su doctrina metafísica<sup>51</sup>. A su vez, suscita la reflexión sobre el concepto de realismo, cuya raíz sitúa en el impulso natural a la imitación (*ibid.*, 223-225). Metafísica y Poética se ilustran mutuamente. Finalmente se afirma la esencial universalidad del *Quijote* como corolario de las consideraciones estéticas: «toda novela lleva dentro como una íntima filigrana, el *Quijote*» (*ibid.*, 242).

En su primer libro Ortega despliega un acabado estilo literario<sup>52</sup>, su retórica subyugante, en la que campean imágenes y metáforas en cuya acuñación tan afortunado se revelara. Especialmente sugestivo es el símil siguiente, espléndida contribución a la iconografía quijotesca: «solo en la abierta llanada manchega la larga figura de Don Quijote se encorva como un signo de interrogación» (*ibid.*, 167).

La lectura de Madariaga<sup>53</sup> viene a ser paradigmática de las actitudes de los autores de 1914. Ya el título es revelador de la esencial vocación pedagó-

51. Expresada como en cifra: «Mas la realidad es un simple y pavoroso “estar ahí”. Presencia, yacimiento, inercia. Materialidad» (Ortega y Gasset 1984, 222).

52. Cabalmente estudiado por Senabre (1964); asimismo por Marías (1983, 245-327). Sobre la escritura de Ortega en el marco de la situación del quehacer filosófico hispano de su tiempo véanse las siempre densas reflexiones de Lledó (2017).

53. Conforme a las precisiones bibliográficas que ofrece en el prólogo (Madariaga 1978, 17), se aclara que los ensayos que componen el libro se publicaron en *La Nación* de Buenos Aires, entre 1923 y 1925.

gica que caracteriza a esta generación<sup>54</sup>. «Guía del lector»: el autor se muestra en trance magistral, acompaña al lector en su empeño intelectual de la inmortal novela. Para ello acota el ámbito de sus pesquisas exegéticas: la actitud de Cervantes hacia el *Quijote* y los libros de caballerías y la psicología de algunos personajes (Madariaga 1978, 18). En la relación de Cervantes con las novelas de caballerías Madariaga distingue entre el crítico y el creador. El juicio del primero se asienta en triple fundamento: exigencia de sentido común aplicado al asunto y al estilo; gusto clásico refractario a la extravagancia y la exageración; prejuicio «contra cuentos e invenciones que se apartan de la realidad acaecida» (*ibid.*, 39). Como creador, Cervantes encontraría sumamente sugestivo el género caballeresco: el impulso creativo primigenio sería escribir una novela de tal linaje, solo que el humorismo lo llevaría por los derroteros de la parodia (*ibid.*, 56). Ahí se situaría el dualismo esencial del *Quijote*, escindido entre la «vitalidad creadora espontánea» (propia del Siglo de Oro español y la Era Elisabética inglesa) y un «movimiento culto», inspirado en modelos clásicos e italianos (*ibid.*, 57-72). Madariaga se esfuerza así por incardinar la figura de Cervantes y su genial obra en un contexto cultural europeo.

La aportación más valiosa de la lectura de Madariaga en la *Guía del lector del 'Quijote'* reside en el análisis psicológico: en él se revela la índole universal de su enfoque, el estudio de la contextura humana de los personajes, su parte alícuota de participación en la humanidad. Alejado de lucubraciones simbolistas, se atiene a la letra del texto de Cervantes<sup>55</sup>, ofreciendo así acabadas caracterizaciones de Dorotea y Cardenio, expresiones de la listeza y la cobardía, respectivamente. Para don Quijote, focaliza su atención en dos aspectos concretos: la realidad como enemigo interior del héroe (*ibid.*, 105-111) y Dulcinea como encarnación de los valores supremos que justifican los afanes caballerescos (*ibid.*, 112-119). Más innovador es el análisis de Sancho. Refuta la cobardía que se le ha endosado y ofrece un preciso perfil de su personalidad: «vigoroso y viril», «prudente y cauto por sentido y experiencia», «pueril y sencillo por ignorancia y naturaleza» (*ibid.*, 129). Mérito destacado de Madariaga es su formulación de los procesos de «quijotización» de Sancho y «sanchificación» de don Quijote, ya apuntados por Unamuno<sup>56</sup>.

Espléndido cierre de este ensayo divulgador es el capítulo titulado «Don Quijote, europeo»<sup>57</sup>: a pesar de ciertas afirmaciones forzadas (¡precursor, nada

54. La denominación de la asociación que aglutinó a sus miembros (Liga de Educación Política) es reveladora de su proyecto de acción sobre la sociedad. Destaca su carácter intelectual y universitario Marichal (1982).

55. «Por entre el bosque de las simbolizaciones e interpretaciones, retornemos a Don Quijote y Sancho tal y como Cervantes nos los dejó» (Madariaga 1978, 103).

56. Véase la precisa observación al respecto de Marias (1968, 168). Señala la fundamentación del análisis psicológico en la psicología de los pueblos y, por tanto, la filiación noventayochista Cuvardic García (2016). Ofrece un análisis detallado Dotras Bravo (2008, 134-145). Sostiene la deuda con Unamuno Predmore (1964).

57. El que sea adición posterior es revelador de la arraigada convicción que subyace en la lectura de Madariaga. Analiza la aportación de Madariaga desde la perspectiva del exilio Britt Arredondo (2014).

menos, de la pedagogía de Rousseau o del método científico!), contiene afortunadas observaciones: la filiación onomástica del héroe con sus congéneres europeos, como Lanzarote, y, sobre todo, la exaltación de la libertad. La última frase condensa los afanes europeístas del autor y su generación: «Don Quijote, “famoso español”, gran europeo» (*ibid.*, 215).

La lectura del *Quijote* que propone Manuel Azaña<sup>58</sup> une al enfoque biográfico-histórico<sup>59</sup> una dimensión estética, una reflexión sobre la naturaleza de la creación literaria. En efecto, al abordar la génesis de la novela inmortal, parte de una suerte de principio apodíctico sobre la creación literaria, referida a la concepción del personaje: el entrecruce en el espíritu del escritor de dos corrientes de la sensibilidad, la experiencia realista y la sugestión poética (Azaña 1982, 297). La apelación al «psicologismo veraz, analítico», aplicado a la especulación filosófica para la «investigación del ser artístico» (*ibid.*, 302), revela la proyección de la experiencia del escritor en su análisis del *Quijote*, volcando el esfuerzo introspectivo en la elucidación de la psicología del artista, lo que da la talla de la profundidad de los afanes críticos de Azaña, al proponer un enfoque inédito. De hecho, en la perspicaz exposición del impulso creativo original del escritor cabe reconocer la experiencia del autor de *El jardín de los frailes*<sup>60</sup>. Así, al concluir la conferencia, reitera su interés fundamental por el proceso creativo, por la capacidad de evocar formas de vida mediante la materia literaria<sup>61</sup>.

Bajo tales premisas, puede afirmar que «la raíz de la estupenda invención es autobiográfica» (*ibid.*, 304). El intelectualismo propio de esta generación se plasma en su exégesis, al identificar dicha raíz con «hacer pasar por el filo de la inteligencia<sup>62</sup> ya madura las quimeras fervientes de la mocedad» (*ibid.*, 304). Pero el resultado creativo, la obra, posee asimismo una «figuración nacional», engendrada en el empeño introspectivo del autor e «irreductible a una alegoría satírica» (*ibid.*, 306). Y, desarrollando su tesis de la génesis del «ser artístico», sostiene que Cervantes, en virtud de la fuerza poética que lo inspiraba, «saca a luz recónditos matices de una sazón contemporánea muy compleja»: perspicua y sagaz formulación de la doble dimensión biográfica

58. Desarrollada en su memorable conferencia «Cervantes y la invención del *Quijote*» (1930), pronunciada en el Lyceum Club Femenino, que presidía María de Maeztu. Sobre el momento biográfico de intensa actividad política, no incompatible con su labor ensayística, véase Juliá (2008, 270).

59. Destacado por Close (2005, 164).

60. «Es un hecho de la experiencia que el espíritu artista, en su desarrollo, conoce una fase de indeterminación imitativa, causada por la lectura, el medio social, el espectáculo de la naturaleza u otra sugestión poderosa» (Azaña 1982, 302).

61. «... en Cervantes lo que me interesa exclusivamente es el escritor; no digo el prosista, ni el estilista, ni siquiera el inventor de novelas; sino la operación del talento que, mediante la materia literaria, y con sus signos, implanta ante mis ojos unas formas de vida no expresadas antes por nadie» (Azaña 1982, 317).

62. Para el Azaña político jugaba papel nuclear en su concepción de la acción política: «Nada es más urgente en España que el concurso de la inteligencia pura en las contiendas civiles» (*apud* Marichal 1982, 73). (¡Qué actualidad tan lacerante tienen estas palabras!) Desde la tribuna periodística, otro miembro destacado de esta generación clamaría por que la razón rigiera la vida pública española (Castro 1972b).



y nacional de la creación del *Quijote*. Reformula su tesis con una imagen cristológica, cuya deuda con Unamuno se impone inevitablemente: «La vida de Cervantes está, pues, crucificada en la declinación española» (*ibid.*, 313). Igualmente profunda y perspicaz es la consideración que hace Azaña del humor cervantino, de esa modalidad de risa, esporádica en España y opuesta al «sarcasmo bilioso de Quevedo», que surge al mirar y oír con buen humor, con profunda simpatía, a la gente menuda (*ibid.*, 314-315).

Obligado a «hacer punto en estas habladurías», Azaña hace urgente balance de la significación del *Quijote* y de modo harto elocuente destaca su dimensión nacional y actual: «un español de nuestro tiempo puede reconocerse en Cervantes» (*ibid.*, 317). Una actualidad no muy disimil en el fondo de la intemporalidad azoriniana.

Menéndez Pidal por edad y ciertos respectos de sensibilidad histórica podría ser incluido en la Generación del 98<sup>63</sup>, mas su papel mentor en el ámbito de la Filología y la Historia dentro de las instituciones e iniciativas en que se forjó buena parte de los autores de 1914 justifica su consideración junto con estos. De hecho, su aportación a la exégesis del *Quijote* es deudora de las ideas y el sentir de ambos grupos generacionales.

Se trata del discurso inaugural del curso 1920-1921 del Ateneo de Madrid (Menéndez Pidal 1973a). Estudia el eminente filólogo e historiador la génesis del personaje don Quijote. Afirma la inspiración de Cervantes en el *Entremés de los romances* y la intensa influencia que en la manifestación de la locura del héroe ejerció el romancero, que limita al impulso inicial (hasta el capítulo VII) (*ibid.*, 34), sosteniendo la rectificación de Cervantes, al que supone persuadido de la inviabilidad de la parodia de «episodios del Romancero, con los que estaba noblemente encariñada la imaginación española» (*ibid.*, 31). A partir de dicho capítulo, Cervantes «se atiene a los libros de caballerías». El empeño imitativo de las «cosas de Amadís» coadyuva al acendramiento en el modelado del personaje don Quijote; es entonces cuando «su locura entrevé toda la grandeza moral de que es capaz» (*ibid.*, 36)<sup>64</sup>.

Se aborda, pues, una cuestión crucial de la obra como es la génesis del personaje protagonista mediante un detenido análisis de fuentes, esto es, aplicando el método de la “Quellenforschung”<sup>65</sup>, que en el ámbito filológico era entonces la expresión más acabada del rigor científico. Menéndez Pidal había ejercido hasta entonces su colosal labor investigadora preferentemente en el ámbito de la lengua, la literatura y la historia de la Edad Media castellana. Su

63. Como propuso Alonso (1975, 99-124). El propio Menéndez Pidal se reconocía miembro de ella (Pérez Pascual 2019, 116-117).

64. Ahondaría posteriormente en la perspectiva ennoblecedora de la materia y el ideal caballeresco que sostiene Cervantes (Menéndez Pidal 1948). Analiza la aportación pidaliana en el marco de la tradición crítica que sostiene el influjo del romancero en el *Quijote* (Durán, Valera, Menéndez Pelayo) Close (2005, 108-119).

65. Reflexiona sobre sus aportaciones mostrando cómo han de servir para «ver cómo el pensamiento del poeta se eleva por cima de sus fuentes, cómo se emancipa de ellas, las valoriza y las supera» (Menéndez Pidal 1973a, 27). Para el significado de dicho método en la historia de la Filología véase Most (2016).

infatigable búsqueda de romances populares dio como fruto un acrecentamiento inimaginable hasta entonces del corpus romanceril<sup>66</sup>. El estudio sistemático de los romances en una amplia perspectiva diacrónica, la minuciosa compulsión de las variantes, fueron los sólidos cimientos sobre los que alzó su construcción teórica y la formulación del concepto de poesía tradicional<sup>67</sup>. Enlazaba así con las preocupaciones y la sensibilidad de los hombres del 98, con la idea de tradición que en Unamuno presenta su desarrollo más neto. Lo que en el escritor vasco era ensayismo literario escorado hacia la filosofía de la historia, en Menéndez Pidal era rigurosa filología.

Así, conforme a las más altas exigencias de esta disciplina, el sabio filólogo ilustró un aspecto decisivo de la novela inmortal, superando la búsqueda de modelos vivos, vía crítica que impugna con solidez argumentativa (*ibid.*, 56-57), en aras de una más adecuada comprensión histórico-literaria de la más alta creación de las letras españolas.

El mérito de escribir el libro sobre Cervantes que mejor encarnaría los ideales europeístas de los autores de 1914 correspondería a Américo Castro (1885-1972), el discípulo más cualificado entonces de Menéndez Pidal, que no casualmente fue su dedicatario: *El pensamiento de Cervantes* (1925). Esta obra obedece a un riguroso empeño intelectual: situar la obra de Cervantes en las coordenadas ideológicas europeas de su tiempo para deshacer la imagen del ingenio lego –cuando no meramente vulgar–, de igual modo que las interpretaciones esotéricas<sup>68</sup>. Castro corrige sus ideas sobre la presencia del Renacimiento en España y, frente a su negativa inicial<sup>69</sup>, como conclusión de su amplia investigación reconoce que «Cervantes ofreciera en armónico y grandioso despliegue los más finos temas del Renacimiento» (Castro 1980, 388), que su obra «supone una profunda visión del mundo, visión reflexiva de los magnos hallazgos y construcciones del Renacimiento» (*ibid.*, 390)<sup>70</sup>.

66. Como botón de muestra, los romances recogidos en América o el catálogo del romancero judeo-español, todo ello en los primeros años del siglo XX (Menéndez Pidal 1972a; 1972b). De ahí que pudiera proclamar no sin ufanía que era «el español de todos los tiempos que haya oído y leído más romances» (Menéndez Pidal 1979, 41).

67. Planteado ya en el ciclo de conferencias que dio en 1909 en The Hispanic Society of America (Menéndez Pidal 1973b), y expuesto más sistemáticamente en la conferencia pronunciada en 1922 en Oxford (Menéndez Pidal 1972c).

68. Propósito declarado en la introducción (Castro 1980, 13-22). No es, por tanto, extremo hiperbólico considerar que con este libro «la crítica cervantina» alcanzaba «su mayoría de edad» (Márquez Villanueva 1984, 123).

69. Coincidente con lo más granado de la erudición del momento: véase el análisis de las opiniones al respecto de Green (1947); sobre el libro de Castro, *ibid.* (253-255).

70. Conforme a la concepción del Renacimiento imperante entonces, deudora aún de la gran síntesis de Burckhardt (1979) –para el lugar que ocupa en la historiografía véanse las precisas observaciones de Burke (1986, 32); para el modo como ha condicionado la percepción y valoración del Renacimiento español, Gómez Moreno (2015a, 13-31)– de la que el breve ensayo de una de las grandes autoridades historiográficas es testimonio paradigmático: Huizinga (2013). Castro precisaría las coordenadas ideológicas de Cervantes al situarlo decididamente en la espiritualidad erasmista (Castro 1931). Subraya la mayor autoridad en la materia la firme convicción de Castro ya desde sus primeros estudios al respecto en la asunción de la faceta más crítica del erasmismo por parte de

El método no es otro que el filológico más riguroso<sup>71</sup>. En ese esfuerzo por reconstruir la «Cervantes's Weltanschauung» (*ibid.*, 387) reconoce la necesidad de una sistemática “Quellenforschung”, «un estudio exhaustivo de las fuentes de Cervantes», solo que la urgencia de la tarea exigía posponer esa empresa (*ibid.*, 20). Castro parte de la índole «funcional y constituyente» de la cultura de Cervantes (*ibid.*, 23), de manera que «no hay aspecto y detalle que no hayan sido esencialmente pensados» (*ibid.*, 24). Sobre tales premisas reconstruye en siete sólidos capítulos esa «visión del mundo» mediante un sistemático cribado del fondo ideológico de la obra de Cervantes y su diligente compulsión con testimonios coetáneos: desde los principios estéticos fundamentales (armonía y disonancia, lo universal poético y lo particular histórico, verosimilitud, normativa literaria y racionalismo) (cap. I), hasta las ideas religiosas y morales (caps. VI y VII).

Obra de madurez que culmina la labor filológica llevada a cabo hasta entonces en el marco institucional del Centro de Estudios Históricos<sup>72</sup>, es la expresión más acabada de la inspiración europeísta que está en la base de su quehacer intelectual y que ya se había manifestado en sus primeros escritos como aspiración a incorporar la actividad científica española al entorno de países civilizados, esto es, Europa<sup>73</sup>. Y sin embargo, poco después daría un giro radical –que cae fuera del ámbito cronológico acotado en este estudio– al embarcarse en su nueva y apasionada interpretación de la historia de España, volviendo en cierto modo a supuestos “casticistas”<sup>74</sup>.

Cervantes (Bataillon 1977, 348-350). Destaca, a su vez, el sesgo europeizante de su visión de la historia, cultura y literatura españolas en los años veinte y treinta Lapesa (1998, 102).

71. Así refiere su intento: «llevando a Cervantes a su época y ordenando con técnica filológica los hechos que nos presenta» (Castro 1980, 389). De ahí que resulte desenfocado, si no injusto, calificar la obra de Castro como «ejercicio brillante de periodismo académico» (Close 2005, 237). La adecuada perspectiva de la filiación intelectual de Castro viene dada por uno de sus discípulos más capacitados, que así la perfila con trazo desenvuelto: «... el joven Américo, que viene de París ungiendo por la autoridad de Meyer Lübke como Sumo Pontífice de la Filología Románica» (Márquez Villanueva 2013, 87). Y es que su sólido positivismo se completaba con una muy atenta y sensible consideración del hecho literario, conforme al magisterio de Menéndez Pidal: he ahí la “brillantez” que señalaba condescendiente Close. Ya en 1918, al hacer balance de la aportación española a la ciencia europea, Castro mostraba las limitaciones del positivismo (Castro 1972b, 112-113).

72. Y canalizada principalmente a través de la *Revista de Filología Española*. Véase al respecto Gómez Moreno (2015b). Con relación a la cultura nacional, véase Fox (1997, 97-109), y al *Quijote*, Montero Reguera (2011, 131-134).

73. Como el estudiado por Sicroff (1977). Caracteriza la etapa de la obra de Castro anterior a la Guerra Civil como «visión europeísta de lo español» Araya (1983, 27-32).

74. Ya anunciados en su nueva interpretación del erasmismo español, donde don Quijote encarna «un caso límite de conducta y de actitud» (Castro 1987, 18-19). Y, asimismo, supuestos “regeneracionistas”, como revelan estas palabras: «quien pretenda hablar con fundamento de [...] Cervantes [...] necesita [...] un poco de la amorosa inquietud de aquellos que si miran al pasado español es para solicitar de él ampliaciones vitales» (Castro 1931, 383). No eran sino expresión del intenso vitalismo que animaba su quehacer intelectual, especialmente el posterior a la Guerra Civil, que supuso la cancelación –cabría decir abjuración– del positivismo, que hallaría expresión elocuente en su epistolario, en carta dirigida a M.<sup>a</sup> Rosa Lida: «Nos han amedrentado esos señores con sus “sevères méthodes” los franceses; con su altisonante *Wissenschaft*, los tudescos. Y es que todos ellos tienen miedo cervel a enfrentarse con la realidad palpitante que está ahí, pidiendo a gritos ser asida, abrigada y

### 3. CONCLUSIÓN

Si se contempla en serie la selección de las más conspicuas lecturas del *Quijote* en el primer tercio del siglo XX, cabe observar una línea evolutiva que se podría caracterizar como tránsito de un planteamiento casticista a una perspectiva europeísta, universal, y que confirmaría la oposición entre los hombres del 98 y los de la Generación del 14 en punto tan esencial como la interpretación de la creación máxima de las letras españolas. Unamuno encarna paradigmáticamente el planteo casticista al incardinar su interpretación del *Quijote* en sus meditaciones sobre el alma española, mediante apasionada hermenéutica en busca de un *sensus mysticus*, que le revela la clave cristológica. El casticismo de Azorín tiene arraigo paisajístico: la psicología colectiva, de la que don Quijote sería egregio exponente, vendría a emanar de la tierra. El paisaje le sugiere la intemporalidad que le permite revivir el *Quijote* y a don Quijote.

Maeztu marcaría la transición desde la lectura casticista, para él centrada en la idea de decadencia, a una perspectiva universal, que se plantea el *Quijote* como cuestión estética. Los autores del 14 se desmarcan del planteo casticista al dejar de privilegiar la clave nacional para centrarse en el problema estético y destacar así su proyección universal. Para Ortega el *Quijote* deviene la vía para la formulación de su filosofía, en la que desde la afirmación de su alcance universal Metafísica y Poética se ilustran mutuamente. Madariaga adopta un enfoque psicológico (no colectivo) y subraya el europeísmo del *Quijote*. Azaña, sin abandonar la clave biográfica, reflexiona sobre la naturaleza de la creación literaria, aportando valiosas observaciones sobre el humor cervantino. Con los grandes filólogos, Menéndez Pidal y Américo Castro, culmina la lectura europeísta, que se manifiesta en la metodología, en la aplicación de la más acreditada entonces en la ciencia filológica, la *Quellenforschung*, y, sobre todo, en la decidida inserción que hace Castro de la creación cervantina en el marco del Renacimiento europeo.

### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abellán, José Luis. 1997. *Sociología del 98. Un acercamiento a su significado*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Alarcón Sierra, Rafael. 2006. «El *Quijote* modernista (Unamuno, Maeztu, Azorín)». En «*No ha mucho tiempo que vivía...*». De 2005 a '*Don Quijote*', editado por Rafael Alarcón Sierra, 345-389. Jaén: Universidad.
- Alonso, Dámaso. 1975. «Menéndez Pidal y la generación del 98». En *Obras completas*, vol. 4, 99-124. Madrid: Gredos.

valorada» (*apud* Conde 2019, 336). Destaca el intenso y apasionado vitalismo que inspiraba la labor investigadora del Castro anterior a la Guerra Civil Lapesa (1998, 98-101).

- Álvarez Junco, José y Gregorio de la Fuente Monge. 2017. *El relato nacional. Historia de las historias de España*. Madrid: Taurus.
- Araya, Guillermo. 1983. *El pensamiento de Américo Castro. Estructura intercastiza de la historia de España*. Madrid: Alianza Editorial.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. 1976. *El 'Quijote' como forma de vida*. Madrid: Castalia.
- Ayala, Francisco. 1989. «Sindéresis de Azorín». En *Las plumas del fénix*, 455-470. Madrid: Alianza Editorial.
- Azaña, Manuel. 1982 [1930]. «Cervantes y la invención del *Quijote*». En *Antología. I. Ensayos*, 287-318. Madrid: Alianza Editorial.
- Azaña, Manuel. 2002. «El *Idearium* de Ganivet». En *Plumas y palabras*, 9-84. Barcelona: Crítica.
- Azorín. 1905. «Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán». En *El Ateneo de Madrid en el III Centenario de la publicación de 'El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha'*. Conferencias, 293-297. Madrid: Imprenta de Bernardo Rodríguez.
- Azorín. 1971 [1913]. «La generación de 1898». En *Clásicos y modernos*, 162-177. Buenos Aires: Losada.
- Azorín. 1981a. «El primer cervantista». En *Con Cervantes*, 203-207. Madrid: Espasa-Calpe.
- Azorín. 1981b. «El caballero del Verde Gabán». En *Con Cervantes*, 21-25. Madrid: Espasa-Calpe.
- Azorín. 1984 [1905]. *La ruta de don Quijote*, editado por José M.<sup>a</sup> Martínez Cachero. Madrid: Cátedra.
- Azorín. 1997 [1912]. «Las nubes». En *Castilla*, editado por E. Inman Fox, 159-164. Madrid: Espasa Calpe.
- Azorín. 2017 [1941]. *Madrid*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Baquero Escudero, Ana L. 2016. «Azorín ante los personajes del *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* XCII: 39-51.
- Bataillon, Marcel. 1977. «El erasmismo de Cervantes según Américo Castro». En *Erasmus y el erasmismo*, 347-359. Barcelona: Crítica.
- Bonilla y San Martín, Adolfo. 1905. «*Don Quijote* y el pensamiento español». En *El Ateneo de Madrid en el III Centenario de la publicación de 'El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha'*. Conferencias, 317-336. Madrid: Imprenta de Bernardo Rodríguez.
- Borges, Jorge Luis. 2004. «El brujo postergado». En *Historia universal de la infamia*, 119-123. Madrid: Alianza Editorial.
- Britt Arredondo, Christopher. 2014. «Madariaga's Quixotism: The Imperial Nostalgia of an Exiled Spanish Liberal». *eHumanista/Cervantes* 3: 148-170. Accesible en: <[https://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7\\_eh/files/sitefiles/cervantes/volume3/ehumcerv3.arredondo.pdf](https://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/cervantes/volume3/ehumcerv3.arredondo.pdf)>.
- Burckhardt, Jakob. 1979 [1867]. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Barcelona: Iberia.
- Burke, Peter. 1986. *The Italian Renaissance. Culture and Society in Italy*. Cambridge: Polity Press.
- Castro, Américo. 1931. «Erasmus en tiempo de Cervantes». *Revista de Filología Española* XVIII: 329-389.
- Castro, Américo. 1972a [1918]. «El movimiento científico en la España actual». En *De la España que aún no conocía*, t. II, 91-122. México: Finisterre.
- Castro, Américo. 1972b [1935]. «Razones y violencias». En *De la España que aún no conocía*, t. I, 125-130. México: Finisterre.
- Castro, Américo. 1980 [1925]. *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Noguer.
- Castro, Américo. 1987 [1949]. *Aspectos del vivir hispánico*. Madrid: Alianza Editorial.

- Castro, Federico de. 1870. *Cervantes y la filosofía española*. Sevilla: Imp. De Gironés y Orduña.
- Catena, Elena. 1973. «Azorín, cervantista y cervantino». *Anales Cervantinos* 12: 73-113.
- Černý, Václav. 1935. *Essai sur le titanisme dans la poésie romantique occidentale entre 1815 et 1850*. Praga: Éditions Orbis.
- Clavería, Carlos. 1945. «Sobre el tema del tiempo en Azorín». En *Cinco estudios de literatura española moderna*, 49-67. Madrid: CSIC.
- Close, Anthony. 2005. *La concepción romántica del 'Quijote'*. Barcelona: Crítica.
- Coetzee, John Maxwell. 2019. *La muerte de Jesús*. Barcelona: El Hilo de Ariadna.
- Conde, Juan-Carlos, ed. 2019. *Una laguna sumergida. Epistolario de Américo Castro & María Rosa Lida de Malkiel*. Salamanca: SEMYR.
- Curtius, Ernst Robert. 2016a. «Wissenschaft und Wahrheit». En *Kritische Essays zur europäischen Literatur*, 218-220. Fischer Verlag GmbH [libro electrónico].
- Curtius, Ernst Robert. 2016b. «Der Quijotismus». En *Kritische Essays zur europäischen Literatur*, 221-226. Fischer Verlag GmbH [libro electrónico].
- Cuvarde García, Dorde. 2016. «La psicología de los pueblos en la *Guía del lector del 'Quijote'*, de Salvador de Madariaga». En *Nómina cervantina. Siglo XX*, editado por Alberto Rodríguez y José Ángel Ascunce Arrieta, 109-126. Kassel: Edition Reichenberger.
- Darío, Rubén. 1992. *Prosas profanas*, editado por José Olivio Jiménez. Madrid: Alianza Editorial.
- Díaz-Plaja, Guillermo. 1975. *Estructura y sentido del Novecentismo español*. Madrid: Alianza Editorial.
- Díez Mediavilla, Antonio. 2003. «Voluntad renovadora: Unamuno, Grau, Azorín». En *Historia del teatro español (Del siglo XVIII a la época actual)*, dirigido por Javier Huerta Calvo, t. II, 2365-2392. Madrid: Gredos.
- Dotras Bravo, Alexia. 2008. *Los trabajos cervantinos de Salvador de Madariaga. Historia de una idea doble: sanchificación y quijotización*. Alcalá de Henares: CEC.
- Elorza, Antonio. 1984. *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*. Barcelona: Anagrama.
- Evans, Jan E. 2013. *Miguel de Unamuno's Quest for Faith. A Kierkegaardian Understanding of Unamuno's Struggle to Believe*. Eugene (Oregón): Pickwick Publications.
- Fox, Edward Inman. 1962. *Azorín as a Literary Critic*. Nueva York: Hispanic Institute in the United States.
- Fox, Edward Inman. 1976a. «Lectura y literatura (en torno a la inspiración libresca de Azorín)». En *La crisis intelectual del 98*, 113-141. Madrid: Edicusa.
- Fox, Edward Inman. 1976b. «Azorín y la coherencia (ideología política y crítica literaria)». En *La crisis intelectual del 98*, 157-176. Madrid: Edicusa.
- Fox, Edward Inman. 1997. *La invención de España*. Madrid: Cátedra.
- García Cárcel, Ricardo. 2011. *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Gómez Moreno, Ángel. 2015a. «Burckhardt y la forja de un imaginario: España, la nación sin Renacimiento». *eHumanista* 29: 13-31. Accesible en: <[https://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7\\_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume29/2%20ehum29.viv.gomezmoreno.pdf](https://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume29/2%20ehum29.viv.gomezmoreno.pdf)>.
- Gómez Moreno, Ángel. 2015b. «La Edad Media en la *Revista de Filología Española*». En *La Ciencia de la palabra: cien años de la Revista de Filología Española*, editado por Pilar García Mouton y Mario Pedrazuela Fuentes, 143-174. Madrid: CSIC.
- Gómez-Moriana, Antonio. 1969. «Unamuno en su congoja». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* XIX: 17-89.

- González Cuevas, Pedro Carlos. 2003. *Ramiro de Maeztu. Biografía de un nacionalista español*. Madrid: Marcial Pons.
- Gracia, Jordi. 2014. *José Ortega y Gasset*. Madrid: Taurus.
- Green, Otis H. 1947. «A Critical Survey of Scholarship in the Field of Spanish Renaissance Literature, 1914-1944». *Studies in Philology* XLIV, 2: 228-264.
- Huizinga, Johan. 2013 [1920]. *El problema del Renacimiento*. Madrid: Casimiro.
- Juaristi, Jon. 2000. *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Juliá, Santos. 2008. *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*. Madrid: Taurus.
- Krause, Ana. 1955. *Azorín. El pequeño filósofo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel. 1998. «La “Decadencia” española como argumento historiográfico». En *Lecturas sobre la España histórica*, 213-285. Madrid: RAH.
- Lago Bornstein, Juan Carlos. 1986. «Unamuno y Kierkegaard: dos espíritus hermanos». *Anales del Seminario de Metafísica* XXI: 59-71.
- Lapesa, Rafael. 1998. *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la Filología hispánica de nuestro siglo*. Madrid: RAH.
- Lázaro Carreter, Fernando. 1990. «Los novelistas de 1902 (Unamuno, Baroja, “Azorín”)». En *De poética y poéticas*, 129-149. Madrid: Cátedra.
- Livingstone, Leon. 1970. *Tema y forma en las novelas de Azorín*. Madrid: Gredos.
- Lledó, Emilio. 2017. «Ortega: la vida y las palabras». En *Imágenes y palabras. Ensayos de humanidades*, 114-142. Madrid: Taurus [libro electrónico].
- Madariaga, Salvador de. 1978 [1926]. *Guía del lector del ‘Quijote’*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Maeztu, Ramiro de. 1952 [1905]. «Ante las fiestas del Quijote». *Cuadernos Hispanoamericanos* 33-34: 181-184.
- Maeztu, Ramiro de. 1981 [1926]. *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Mariás, Julián. 1968. «Don Quijote visto desde Sancho Panza». En *El oficio del pensamiento*, 167-173. Madrid: Espasa-Calpe.
- Mariás, Julián. 1983. *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marichal, Juan. 1982. *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marichal, Juan. 1996. «La “generación de los intelectuales” y la política». En *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, 173-190. Madrid: Taurus.
- Marichal, Juan. 2002. «Unamuno y su interpretación de España». En *El designio de Unamuno*, 31-48. Madrid: Taurus.
- Márquez Villanueva, Francisco. 1984. «Erasmus y Cervantes, una vez más». *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 4(2): 123-138.
- Márquez Villanueva, Francisco. 2013. «Francisco Márquez Villanueva y don Américo». *Andalucía en la historia* 42: 86-89.
- Martínez Torrón, Diego. 2005. «Azorín y Cervantes». En *Con Azorín. Estudios sobre José Martínez Ruiz*, editado por Diego Martínez Torrón, 103-115. Madrid: Sial.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. 1904. *Interpretaciones del ‘Quijote’. Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José M<sup>o</sup> Asensio y Toledo*. Madrid: Imprenta Alemana.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1948. «Cervantes y el ideal caballeresco». *Mundo Hispánico* 4: 8-10.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1972a [1906]. «Los romances tradicionales en América». En *Los romances de América y otros estudios*, 13-46. Madrid: Espasa-Calpe.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1972b [1906-1907]. «Romancero judío-español». En *Los romances de América y otros estudios*, 114-179. Madrid: Espasa-Calpe.

- Menéndez Pidal, Ramón. 1972c[1920]. «Poesía popular y poesía tradicional en la literatura española». En *Los romances de América y otros estudios*, 52-87. Madrid: Espasa-Calpe.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1973a[1922]. «Un aspecto de la elaboración del *Quijote*». En *De Cervantes y Lope de Vega*, 9-60. Madrid: Espasa-Calpe.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1973b. «El Romancero». En *Estudios sobre el Romancero*, 11-84. Madrid: Espasa-Calpe.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1979. *Flor nueva de romances viejos*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Mohamed Lozano, Yasmina. 2019. «Don Quijote de la Mancha y san Ignacio de Loyola en la interpretación de Miguel de Unamuno». *Dicenda* 37: 163-183.
- Montero Reguera, José. 2011. *Cervantismos de ayer y hoy. Capítulos de historia cultural hispana*. Alicante: Universidad.
- Most, Glenn W. 2016. «The Rise and Fall of Quellenforschung». En *For the Sake of Learning. Essays in honor of Anthony Grafton*, 933-954. Leyden: Brill.
- Muñoz Machado, Santiago. 2022. *Cervantes*. Barcelona: Crítica.
- Nietzsche, Friedrich. 2013[1883]. *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. Madrid: Alianza Editorial.
- Núñez Florencio, Rafael. 2010. *El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto*. Madrid: Marcial Pons.
- Ortega y Gasset, José. 1981[1917]. «Primores de lo vulgar». En *Ensayos sobre la Generación del 98*, 222-226. Madrid: Alianza Editorial.
- Ortega y Gasset, José. 1984[1914]. *Meditaciones del 'Quijote'*, editado por Julián Marías. Madrid: Cátedra.
- Ortega y Gasset, José. 2015[1928]. «¿Qué es la ciencia, qué la filosofía?». En *¿Qué es filosofía? y otros ensayos*, 21-258. Madrid: Alianza Editorial.
- Pérez de Ayala, Ramón. 1905. «Don Quijote en el extranjero». En *El Ateneo de Madrid en el III Centenario de la publicación de 'El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha'*. Conferencias, 361-378. Madrid: Imprenta de Bernardo Rodríguez.
- Pérez Pascual, José Ignacio. 2019. *Ramón Menéndez Pidal*. s.l.: Punto de Vista Editores.
- Predmore, Michael P. 1964. «Madariaga's Debt to Unamuno's *Vida de don Quijote y Sancho*». *Hispania* 47(2): 288-294.
- Ramón y Cajal, Santiago. 1972[1905]. «Psicología del *Quijote* y el quijotismo». En *La psicología de los artistas*, 52-72. Madrid: Espasa-Calpe.
- Rico, Francisco. 2012. «“Metafísico estáis” (y el sentido de los clásicos)». En *Tiempos del 'Quijote'*, 209-243. Barcelona: Acantilado.
- Russell, Peter E. 1978. «Don Quijote y la risa a carcajadas». En *Temas de 'La Celestina' y otros estudios. Del 'Cid' al 'Quijote'*, 409-440. Barcelona: Ariel.
- Salcedo, Emilio. 1957. «El primer asedio de Unamuno al *Quijote* (1889-1895)». *Anales Cervantinos* 6: 227-250.
- Salillas, Rafael. 1905a. *Un gran inspirador de Cervantes. El doctor Huarte de San Juan y su Examen de ingenios*. Madrid: Librería general de Victoriano Suárez.
- Salillas, Rafael. 1905b. «La criminalidad y la penalidad en el *Quijote*». En *El Ateneo de Madrid en el III Centenario de la publicación de 'El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha'*. Conferencias, 87-118. Madrid: Imprenta de Bernardo Rodríguez.
- Senabre Sempere, Ricardo. 1964. *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*. Salamanca: Universidad.
- Sicroff, Albert. 1977. «En torno a las ideas de Américo Castro». En *Actas del Quinto Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 109-111. Burdeos: Université de Bordeaux III.



- Unamuno, Miguel de. 1977. *Gramática y glosario del Poema del Cid*, editado por Barbara D. Huntley y Pilar Liria. Madrid: Espasa-Calpe.
- Unamuno, Miguel de. 1979. *Cómo se hace una novela*. Madrid: Alianza Editorial.
- Unamuno, Miguel de. 1987[1905]. *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Alianza Editorial.
- Unamuno, Miguel de. 2007a. *En torno al casticismo*. En *Obras completas (Ensayos)*, editado por Ricardo Senabre, t. VIII, 59-199. Madrid: Biblioteca Castro.
- Unamuno, Miguel de. 2007b[1896]. «El Caballero de la Triste Figura. Ensayo Iconológico». En *Obras completas (Ensayos)*, editado por Ricardo Senabre, t. VIII, 259-277. Madrid: Biblioteca Castro.
- Unamuno, Miguel de. 2007c [1905]. «Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*». En *Obras completas (Ensayos)*, editado por Ricardo Senabre, t. VIII, 743-758. Madrid: Biblioteca Castro.
- Unamuno, Miguel de. 2007d[1905]. «Sobre la erudición y la crítica». En *Obras completas (Ensayos)*, editado por Ricardo Senabre, t. VIII, 799-818. Madrid: Biblioteca Castro.
- Unamuno, Miguel de. 2008[1907]. «Ibsen y Kierkegaard». En *Obras completas (Ensayos, artículos y conferencias)*, editado por Ricardo Senabre, t. IX, 89-94. Madrid: Biblioteca Castro.

Recibido: 13 de noviembre de 2022

Aceptado: 13 de febrero de 2023

